

debía ocupar un rey en una batalla, contestó : *El primero como en todas partes*. Declaró que no quería vivir encerrado como sus predecesores austriacos, y podría haber sacado gran partido de los Castellanos, que habiendo reanimado su valor en los pasados sucesos, se mostraban capaces de volver á dominar la Europa : ilusiones momentáneas; pues por lo demas Felipe, desprovisto del valor interno de las grandas resoluciones, confiaba los negocios públicos y privados á cualquier favorito mientras él permanecía en el ocio.

Gravemente le afligió la pérdida de su mujer, la amable é intrépida Luisa, que le habia conservado en buenas relaciones con la corte de Francia y con su abuelo, y que no pudo gozar en paz de un trono que habia cooperado á conquistar. Entónces Felipe se abandonó en manos de la princesa de los Ursinos, mujer ni bella ni jóven; y siendo aquel de temperamento ardiente y de carácter escrupuloso, se habria casado con esta vieja si ella no hubiese preferido darle una jóven que conviniera mas á su robustez, sin molestarla en el ejercicio del poder. Se engañó mucho sin embargo eligiendo á Isabel Farnesio, de Parma, que debía ser causa de tantas guerras y tantas negociaciones como en otro tiempo se originaron por la libertad de los pueblos ó por motivos de religion.

1714.

El cardenal Alberoni. 1684.

Esta eleccion le habia sido sugerida por Julio Alberoni, natural de Plasencia, que habia recorrido todos los grados de la escala social, empezando por cocinero, continuando por bufon, negociante, intérprete, erudito, siendo empleado en intrigas difíciles y mostrándose siempre diestro en abrirse camino (1). Campistrón, que robado en un viaje habia encontrado en Alberoni acogida y auxilio en su patria, le propuso á Vendôme, que para la expedicion de Italia buscaba un secretario. Otros cuentan que debiendo el obispo de San Donnino tratar un asunto en Parma con el mismo Vendôme, no sabiendo el frances, llevó á Alberoni consigo, y que este, habiendo encontrado al cínico general sentado en el vaso de noche donde pasaba gran parte de la mañana, en vez de mostrarse ofendido de aquella indecencia la imitó, con lo cual cayó en gracia al Frances, que lo tomó á su servicio (2). En España habiéndose conciliado el afecto de la princesa de los Ursinos, fué nombrado conde y enviado de la corte de Parma; y conquistando la gratitud de esta corte con el matrimonio propuesto (3), se hizo un gran lugar en la vo-

(1) Dubos y Saint-Simon hacen su caricatura; Poggiali su panegirico (*Mem. histór. de Plasencia*), lo mismo que Ortiz (*Historia de España*), Coxe (*L'Espagne sous les Bourbons*), Bignami (*Elogio del cardenal Alberoni*), John Russel, ob. cit. II, 112, lo juzga bien. Véanse principalmente los documentos publicados por el mismo Alberoni, primero en Génova y luego en Roma.

(2) Son los chismes con que ordinariamente crece una aristocracia de baja ley ultrajar á los que se levantan con sus propios méritos.

(3) El mismo, en las notas acerca de su vida, refiere que

luntad de la nueva reina. El primer acto de esta fué desterrar á la de los Ursinos, que habia salido á recibirla, la cual, metida en la carroza con el mismo traje de ceremonia que llevaba puesto, tuvo que atravesar escoltada la inhospitalaria España á fines de diciembre : resolucion arbitraria por la cual Felipe no mostró ni compasion ni enojo (1).

« Altivez espartana (dice Federico II), obstinacion inglesa, sutileza italiana, viveza francesa formaban el carácter de Isabel, mujer singular que caminaba audazmente al logro de sus designios, sin que nada la sorprendiese ni la detuviera. » Sabia reprimir su carácter dominante y resignarse á la soledad con un marido melancólico, sin perder la alegría. Dióle un hijo, al cual no teniendo esperanzas de verlo en el trono porque le habian precedido tres hermanos del primer matrimonio, hizo preparar una pingüe renta. Con este objeto, que la ocupó toda su vida, trató de aislar al rey, que sombrío, devoto sin ser religioso, tímido y obstinado, tardo de inteligencia, necesitado de guia, pero desceoso de hacer ruido y de pesar en la balanza política, nada negaba á su mujer, su única compañera. Esta, ambiciosa pero ignorante en política y en administracion, educada en el retiro, y retirada entónces aun mas, odiando á los Españoles y odiada de ellos, no se fiaba sino de los Italianos, y principalmente de Alberoni.

Alberoni por su parte, elevado por ella al cardenalato, en vez de tomar el título de ministro, se contentó con ejercer el poder de tal como confidente del rey y de la reina; se atrajo la simpatía de la nacion castigando á los que la habian agraviado, y despues entró en vastísimos proyectos para restaurar la antigua grandeza española. El tesoro estaba exhausto, el pueblo desanimado; no habia ejército, ni marina, ni alianzas poderosas, ni mas riqueza que las cosechas afortunadamente defendidas por los Pirineos. Los caminos (dice el mismo en su *Testamento político*) estaban cortados como cuando cada provincia formaba un reino distinto, á duras penas podian las recuas atravesar la Castilla, ningun barco surcaba aquellos magníficos rios, y las mercancías subian y bajaban á lomo, por las orillas del Guadiana, del Ebro y del Tajo, sin que se pensara en hacerlos navegables, ni en permitirselo hacer á los Holande-

dijo á la princesa de los Ursinos que Isabel « era una buena Lombarda atestada de manteca y queso, de la cual podría hacer lo que quisiera, y que al venir á España se someteria á las leyes que la princesa tuviese á bien imponerle. »

(1) « En las posadas de España (dice Saint-Simon, que describe pintorescamente la desgracia y el viaje de la princesa de los Ursinos), no se encuentra nada absolutamente que comer, y solo indican al viajero dónde se vende alguno de los comestibles mas necesarios. La carne por lo general es dura, el vino denso, malo, áspero; el pan se pega á la pared y el agua en muchos puntos no es muy buena; no hay camas sino para los arrieros, de suerte que es preciso llevar todo consigo. » Alberoni escribe al mayordomo del duque de Parma : « La resolucion de la reina ha sido un golpe á lo Jiméñez, á lo Richelieu, á lo Mazarino. ¿ Creeréis que con este solo remedio se han curado muchos males reputados incurables? »

ses; los restos de las grandes vias romanas no inspiraban emulacion; se habia sentido, por decirlo así, el ruido de las obras con que Francia unia dos mares por medio de un canal de setenta leguas, y estas obras no despertaron mas que una admiracion estéril. Con gran verdad comparaba el mismo á la España con la boca, por donde todo pasa sin quedar nada, recibiendo este país tantas riquezas de las colonias y consumiéndolas improductivamente.

Alberoni trabajaba diez y ocho horas al día sin asustarse de los pormenores de la administracion. Comenzó por restaurar la hacienda y la industria; estableció por cuenta del gobierno una fábrica de paños en Guadalajara, llamando á ella en una sola vez hasta cincuenta familias de Holanda, con sus instrumentos y útiles de elaboracion; llamó tambien tintoreros de Inglaterra, y así pudieron elaborarse en el país las lanas indígenas y vestirse el ejército de paños nacionales. En Madrid se fabricaron telas de hilo, á ejemplo de Holanda, y mantelejas; cuatrocientas monjas recibieron lecciones de hilar como en Holanda, y los niños expósitos fueron destinados á estos establecimientos. Fundó tambien Alberoni fábricas de cristales, fomentó la agricultura, con lo cual volvieron á poblarse las soledades de España; minoró los gastos introduciendo economías en la administracion y limitando los innumerables empleos civiles y militares de la casa real; protegió el comercio de las colonias; obligó al clero á contribuir á los gastos públicos á pesar de la prohibicion del papa, desterró á los clérigos que sostuvieron con mas tenacidad sus privilegios; tomó empréstitos, impuso contribuciones á los ricos, vendió empleos, reclutó un ejército entre los contrabandistas y migueletes de Aragon y en breve la España tuvo sesenta y cinco mil hombres sobre las armas, una marina, muchos cañones, y en Barcelona una de las mejores ciudadelas.

Eran estos preparativos para designios vastísimos, que solo el éxito habria podido salvar de la nota de temerarios; colocar á su rey en el trono de Francia y á Don Carlos, hijo de Felipe y de la Farnesio, en los ducados de Parma, Plasencia y Toscana; hacer á la Italia independiente expulsando de ella á los Austriacos, y excitando á Victor Amadeo de Saboya á que les declarase la guerra mientras estaban ocupados con los Turcos. De Nápoles debía echarlos una escuadra española que bajo la proteccion del mismo rey estaria en Sicilia y sería auxiliada por los descontentos; y entónces se uniría la Cerdeña á la Sicilia; Nápoles y los puertos toscanos se adjudicarian á la España; Comacchio sería restituido al papa, el ducado de Mantua repartido entre los Venecianos y el duque de Guastalla, y los Paises Bajos católicos entre Francia y Holanda. Con este objeto Alberoni trató de halagar á Inglaterra alejando todo motivo de queja, y asegurándole las ventajas concedidas á aquella nacion en el

tratado de Utrecht; pero mientras se conciliaba de este modo la benevolencia del ministerio whig dirigido por Townsley y por Walpole, favorecia bajo mano al pretendiente, y procuraba reconciliar al czar con Carlos XII para lanzarlos contra Jorge I y para reponer á Estanislao en el trono de Polonia. Jorge concibió recelos y formó alianza con Austria para *defensa reciproca de las posesiones presentes y futuras de ambos países*, con cuya frase se designaba la Sicilia, siempre codiciada de los Austriacos.

Alberoni echaba mano de las intrigas con mayor frecuencia que de las armas; fomentaba el odio de los Húngaros y de los Turcos contra los Austriacos, favorecia á los jacobitas en Inglaterra, y al mismo tiempo en Francia trataba de sorprender al duque de Orleans, quitarle al jóven Luis XV, convocar los Estados Generales, y hacer que nombrasen regente al rey de España. Era centro de esta trama la duquesa del Maine y tenian parte en ella muchos grandes, especialmente bretones; el príncipe de Cellamare, embajador español en Paris, servia para la correspondencia con la corte de España, y ya Alberoni se prometia una revolucion interior favorecida por el descontento universal, cuando el abate Dubois, brazo derecho de Orleans, tuvo indicios de lo que se urdia é interceptó cartas que probaban, sino una verdadera conspiracion, la existencia por lo ménos de ofrecimientos y de inteligencias secretas. Entónces fueron presos la duquesa del Maine, Cellamare y otros.

El duque de Orleans se mostró generoso, pero no vió salvacion contra las tramas de Alberoni sino en la alianza con Inglaterra, por mas que la opinion pública clamase contra aquella liga monstruosa. Despues, habiendo el emperador Carlos VI mandado prender en Milan á un embajador de España, Felipe V le declaró la guerra y aquel publicó la liga que tenia formada con Inglaterra y Francia. La Holanda no quiso adherirse á ella por no comprometer las ventajas que le daba la paz con los Españoles; pero los Ingleses ántes de declararla comenzaron las hostilidades. Sin embargo, Felipe se mantuvo firme contra toda Europa sostenido por el intrépido Alberoni y se apoderó de la Sicilia, que Victor Amadeo habia cedido al emperador en cambio de la Cerdeña.

Volviéronse, pues, contra Alberoni todos los odios y hasta las armas de la intriga que él mismo habia empleado. El regente recurrió hasta las mas bajas para arruinarlo; sobornó al confesor de Felipe y al aya de la reina para que hablasen á esta contra Alberoni, especialmente desde que el mal éxito de sus planes podia servir para acusarle de imprudente; y al fin tanto se hizo que el cardenal fué súbitamente destituido y desterrado despues de registrados minuciosamente sus papeles y su casa, y habiéndosele negado audiencia hasta por la misma á quien habia hecho reina. Habiendo subido á la cúspide del poder *sin tener tiempo de contar los*

Tratado de Westminster. 1716. 25 de mayo.

Conjuracion de Cellamare. 1717.

Diciembre.

1718. 2 de agosto.

1720. Agosto.

1º de diciembre.

8 de
diciem-
bre.

escalones, como decia la princesa de los Ursinos, es tal vez cierto que se dejó poseer del vértigo que da la altura; como hombre nuevo no pensó sino en ostentar su valimiento; siempre deseoso de moverse y de mover, consideraba el fin, no los obstáculos; obligado á servir las pasiones de otros, y no pudiendo fiarse de los Españoles que lo odiaban, pareció un fanfarrón y nada mas; pero pudo decir al cardenal Polignac: «La España era un cadáver, yo la reanimé; y al salir yo de ella ha vuelto á tenderse en su ataúd.» La sed del poder no se extingue en los labios de los que una vez gustaron sus placeres ó sus amarguras; y Alberoni en su destierro pensaba, aunque su carrera no habia terminado, semejante á aquellos capitanes aventureros que eran buscados á porfía cuando algun príncipe los licenciaba. Establecido en Sestri de Levante, Clemente XI le prohibió ir á Roma; pero muerto este papa, fué invitado al cónclave y aun tuvo algunos votos para el pontificado. Declarado por Inocencio XIII absuelto de las acusaciones que se le hacian, vivió en Roma, refugio de los caídos; ideó una alianza cristiana para arrojar de Europa á los Turcos y repartir el país que ocupaban; dotó á Rávena de útiles establecimientos; dirigió en San Marino una revolucion que le atrajo el descrédito; pero Plasencia conserva insignes monumentos de su ilustrada beneficencia (1).

Alejado Alberoni, Felipe V, á excitacion de su mujer, se resignó á la cuádruple alianza renunciando á las provincias separadas de la monarquía; y en Cambrai se reunió un congreso para consolidar los tratados con alianzas multiplicadas. El emperador, pertinaz en su odio á la España y celoso de los favores de las otras dos potencias, puso mil dificultades para establecer las fórmulas de la renuncia recíproca, hasta que finalmente cedió dando á Carlos, hijo de la Farnesio, la investidura de los Estados de Parma, Plasencia y Toscana, que Francia é Inglaterra garantizaron contra las pretensiones del papa y del gran duque.

Obstinábase sin embargo Carlos VI en pretender el título de rey de España, y especialmente el de Católico y el de gran maestro de la orden del Toison de Oro. No teniendo mas que hijas, habia

(1) Alberoni escribió á Voltaire dándole gracias por lo bien que le habia tratado en la *Vida de Carlos XII*; y Voltaire respondió en marzo de 1735: «La lettre dont votre éminence m'a honoré, est un prix aussi flatteur de mes ouvrages, que l'estime de l'Europe a dû vous l'être de vos actions. Vous ne me devez aucun remerciement, monseigneur, je n'ai été que l'organe du public en parlant de vous. La liberté et la vérité, qui ont toujours conduit ma plume, m'ont valu votre suffrage. Ces deux caractères doivent plaire à un génie tel que le vôtre; quiconque ne les aime pas, pourra bien être un homme puissant, mais il ne sera jamais un grand homme.»

«Je voudrais être à portée d'admirer de plus près celui à qui j'ai rendu justice de si loin. Je ne me flatte pas d'avoir jamais l'honneur de voir votre éminence. Mais si Rome entend assez ses intérêts pour vouloir au moins rétablir les arts, le commerce, et remettre quelque splendeur dans un pays qui a été autrefois le maître de la plus belle partie du monde, j'espère alors que je vous écrirai sous un autre titre que sous celui de votre éminence, etc.»

publicado una pragmática sancion (19 de abril de 1713), según la cual á falta de varón debian sucederle aquellas con preferencia á las que habia dejado José I, arreglándose entre ellas la sucesion por orden de primogenitura. Hizo aprobar esta pragmática por los Estados provinciales de todos los países austríacos y por las hijas de José I, casadas con los electores de Baviera y Sajonia; y el obtener el asentimiento de los demas monarcas llegó á ser el fin único de su política. Pretendia, pues, la adhesion de España, la cual en vez de darla pedia que se limitase en Italia á sus antiguos dominios, al mismo tiempo el rey de Cerdeña pedia categoría igual para los demas príncipes, y no agradaba á las potencias marítimas que el emperador hubiese creado en Ostende una compañía para el comercio con las Indias: graves dificultades todas estas para la diplomacia.

Una niña, hija de Felipe V, habia sido educada en Francia como futura esposa de Luis XV. Pero el duque de Borbon, á la sazón ministro, temblando por la débil salud de Luis, no quiso retardar la época de asegurar una sucesion que alejara del trono al duque de Orleans, por lo cual devolvió á España la infanta que aun no habia llegado á la edad núbil y la reemplazó con María Leszcynka. Este desaire irritó á Felipe, que á pesar de la corte y de los ministros, hizo la paz con el emperador, aceptando la pragmática sancion, dejándole los títulos durante su vida y renunciando á apoyar la resistencia de los señores italianos: la cuestion del gran maestrazgo del Toison de Oro quedó indecisa. En cambio prometiéronse por parte de Carlos VI auxilios para recobrar á Gibraltar y á Mahon, y Felipe admitió á los súbditos del emperador á traficar libremente en sus puertos y en las Indias, como lo hacian los Holandeses y los Ingleses.

Veinticinco años de odio terminaban pues, con una amistad que excitó las sospechas de las cortes europeas. Sabian que el ministro español Riperdá prodigaba el oro en la corte de Viena, oro del cual una parte tocó al mismo emperador (1); y se hablaba de un matrimonio entre María Teresa de Austria y Don Carlos de España, que podria algun dia reunir las coronas de Austria, España y Francia.

El rey Jorge pensó, pues, en oponer á este peligro una alianza de los Estados septentrionales, y en efecto se estipuló en Hannover, siendo notable porque fué el primer tratado en que los Alemanes se obligaron con un extranjero á no cumplir las obligaciones de la constitucion germánica, esto es, á no dar socorros al imperio si declarase la guerra á Francia. Tambien Jorge habia prometido no envolver á la Gran Bretaña en guerras ni en gastos por causa de sus posesiones del continente; pero tenia el parlamento á su devocion y un hábil ministro, y hacia sonar muy alto las frases de maquinaciones pa-

(1) COXE, en *Carlos VI*, c. 87; y las *Memorias secretas de Foscarini*

pistas, intereses de los protestantes, equilibrio de los poderes, libertad y seguridad del reino: palabras cabalísticas, dice Smollet, que fascinaban á la nacion y la hacian formar alianzas desastrosas.

De aquí nacieron una multitud de negociaciones particulares para buscar adherentes á los dos tratados de Hannover y de Viena, y habiéndose hecho públicos los artículos secretos de este último, Carlos VI los desmintió, y para sincerarse, sacrificó á la España entrando en la cuádruple alianza, todo con el objeto de hacer reconocer la pragmática sancion. Pero no le valió esta baja, porque en Sevilla se hizo la paz entre Francia, España é Inglaterra, renovándose los tratados de comercio que á esta importaban, ofreciendo la España indemnizar á los Ingleses los daños padecidos despues de la suspension de las hostilidades y debiéndose poner en Liorna, Porto-Ferrara, Parma y Plasencia una guarnicion de seis mil Españoles para asegurar á Don Carlos la sucesion de estos Estados.

Fuó un escándalo para los hombres leales semejante estipulacion, contraria á los intereses que al principio se habian sostenido con calor, hecha sin el concurso de Carlos VI, con el cual hasta entonces se habia estado en armonía; estipulacion, en fin, en que se disponia de los dominios italianos sin anuencia, ni de los poseedores actuales, ni del señor supremo: no hablo de los pueblos de quienes ninguno se cuidaba en aquellas escandalosísimas guerras dinásticas. El emperador, ofendido en su orgullo y mas irritado al ver rechazada su pragmática sancion, envió tropas á Italia, y ocupó los Estados de Farnesio que á la sazón habia muerto.

Una política enteramente artificial y sin decoro debia carecer de estabilidad porque carecia de ideas; y en efecto, no tardó Inglaterra en separarse de Francia, y para contrabalancear su poder se unió con Austria, y en un segundo tratado de Viena en que tomaron parte los Estados Generales, se garantizó la pragmática sancion, se aceptó la sucesion de Parma y Plasencia y se abolió el comercio de los Países Bajos con las Indias Orientales. Tambien la España se adhirió á este tratado para que Carlos obtuviese los ducados que se le querian dar. Juan Gaston, gran duque de Toscana, se resignó á aceptar el heredero que le imponian, y en Florencia estipuló con la España un *pacto de familia*, llamando á sucederle á Don Carlos, que prometió conservar los privilegios del país. Solo entonces pudo decirse concluida la guerra de Treinta Años originada por la sucesion española; y lo mismo al fin que al principio de esta guerra, las potencias marítimas y Austria se aliaron contra los Borbones: equilibrio que parecia prenda de paz. Pero nuevas intrigas de gabinete y ambiciones de familia debian descomponer la Europa.

Entretanto se suscitó una enemistad parcial entre España é Inglaterra. Siempre habian desagrado á Felipe V las gravosas condiciones co-

merciales impuestas á su país por los Ingleses en el tratado de Utrecht, y tanto mas cuanto que estos habian aumentado las ventajas del comercio americano con un vivo contrabando, desastroso á la España. No habiendo tenido éxito sus protestas, envió cruceros que visitasen los buques que halláran en las costas de la América Española con orden de secuestrar todos los géneros de contrabando destinados á las colonias ó exportados de ellas. Quejaronse los Ingleses de este proceder y pidieron la guerra, y aunque el ministro Walpole trató de evitarla, estalló con ímpetu nacional. Corrian voces absurdas sobre las crueldades cometidas por los Españoles encargados de hacer la visita, y el rey y los ministros las creían ó aparentaban creerlas. Pope murió, y Johnson comenzó su carrera llamando á las armas; Glover las cantó; el populacho inventó fiestas y procesiones, y el príncipe de Gales se mezcló con las turbas bebiendo y gritando. En breve se mandó á las escuadras inglesas que hiciesen represalias contra las naves y mercancías del rey de España, y aquellas habiendo tomado ya la ofensiva al publicar la guerra, hicieron presas y ocuparon á Portobello. La Gran Bretaña estaba aislada en una guerra que la Europa reputaba injusta; sin embargo, las hostilidades continuaron durante la de la sucesion austríaca y no terminaron ni aun con el tratado de Aquisgran. Finalmente, en Madrid se estipuló que la Gran Bretaña renunciaria el asiento por cien mil libras esterlinas que la España satisfaria á la compañía inglesa; pero no se abolió el derecho de visita

CAPÍTULO II

Francia. — La Regencia

Dirijamos ahora una mirada á la Francia para conocer á los competidores de Felipe V y de Alberoni. Luis XIV habia llevado al último punto la unidad de su gobierno, pero sin darle otro fundamento mas que el arbitrio del monarca, el cual habia destruido todos los obstáculos que las antiguas instituciones le oponian. Nada, pues, aseguraba la centralizacion contra la accion legitima y contra la obra del tiempo; una y otra, en efecto, minaron por su base el magnífico edificio; vino una edad indecorosa en que la intriga y el favor lo dominaron todo, rey, ministros, generales y gobierno, y la política quedó sujeta á cambiar á medida que el rey cambiaba de amantes.

Luis habia dejado un nieto de cinco años y medio, y á Felipe, duque de Orleans, como tutor de esta cuna que sobresalía entre tantos fétretos. El duque reunió el parlamento, que tan ansioso de protestar contra la nulidad á que estaba reducido como de insultar al *leon muerto* ante el cual habia temblado, revocó el injurioso testamento en que Luis ponía límites á la autoridad del tutor, aumentaba la del duque de Maine,

1730.
3 de
octubre.

Felipe
de
Orleans

1729.
9 de
noviem-
bre.

1731
30 de
abril

1729.
16 de
mayo.

23 de
junio.